

BARBÉ, Esther (ed.): *¿Existe una brecha transatlántica? Estados Unidos y la Unión Europea tras la crisis de Irak*. Madrid, La Catarata, 2005, 238 páginas

No resulta nada fácil encontrar en el mercado editorial español estudios que analicen los grandes temas de la actualidad política internacional sin incurrir en superficialidad cuando no en la mera demagogia (casi siempre antinorteamericana). Disponer, por tanto, de un análisis sistemático, bien documentado, con el rigor propio de la investigación científica y claro en su exposición resulta una auténtica *rara avis* que, sin embargo, está visitando con regularidad nuestras librerías en los últimos años.

Éste es uno de los logros, tal vez el más visible, del equipo de investigación creado y dirigido por la profesora Esther Barbé a partir del *Institut Universitari d'Estudis Europeus* de la Universidad Autónoma de Barcelona. Su capacidad para analizar temas de actualidad, que encuentran en la Unión Europea su denominador común, representa un caso excepcional en la universidad española dada su cohesión, la pluralidad de sus miembros y su calificación académica. Esto les permite tratar temáticas distintas con solvencia y profundidad, desde la presidencia española de la UE¹ a la ampliación de la Unión².

El último fruto de su labor investigadora es este volumen donde se analiza el estado de las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Europea tras la crisis vivida a raíz de la agresión militar estadounidense contra Iraq en 2003.

El libro se inicia con una introducción donde Esther Barbé y Anna Herranz definen las líneas de análisis que dan cuerpo al conjunto de la obra. Para ello plantean tres grupos de preguntas que son respondidas en cada uno de los capítulos monográficos donde se analizan aspectos concretos de las relaciones trasatlánticas. Estas preguntas pretenden dilucidar, en primer lugar, sobre el carácter estructural o coyuntural de las diferencias que se aprecian entre ambas orillas del atlántico. Esto es, si se trata de un hecho ocasional o si, por el contrario, son efecto de la transformación a que se ve sometido el sistema internacional tras el fin de la guerra fría. En segundo lugar, las autoras plantean la posibilidad de que la divergencia sea fruto de un alejamiento entre las sociedades de ambos continentes que perciben visiones del mundo cada vez más divergentes y que se sienten identificadas con sistemas de valores contrapuestos. Y, por último, también se cuestionan sobre la posibilidad de que sean consecuencia de las opciones políticas defendidas por el presidente Bush.

El resto de la obra se organiza en dos partes (agenda y contexto). En la primera, compuesta por cinco capítulos, son tratados de forma sucesiva los temas de seguridad y terrorismo (Albert Aixalà y María A. Sabiote), las relaciones económicas (Carme Suárez), las distintas actitudes ante el calentamiento global del planeta (Oriol Costa), el Tribunal Penal Internacional y la reforma de las Naciones Unidas (Pablo Aguiar y

¹ *España y política exterior de la UE. Entre las prioridades españolas y los desafíos del contexto internacional*. Barcelona, IUEE, 2002.

² *Beyond the enlargement: the new members and new frontiers of the enlarged European Union*. Barcelona, IUEE, 2003.

Alfonso González Bondía) y, en último lugar, la política seguida hacia Oriente Medio (Eduard Soler y Jordi Vaquer).

La segunda parte agrupa a seis capítulos ordenados para dar respuesta a dos interrogantes: ¿cómo se aprovechan otros actores de las diferencias surgidas en el seno de la comunidad atlántica?, y ¿cómo afecta la existencia de esta “brecha” en distintos escenarios mundiales?. Los tres primeros capítulos abordan la actitud de América Latina (Albert Aixàl y Ángel Bermúdez), Rusia (Francesc Serra i Massansalvador) y China (Rober Serra); mientras que los tres siguientes tratan la situación en la región de los Grandes Lagos africanos (Federico Guerrero y Débora Miralles), las distintas políticas seguidas por Estados Unidos y la Unión Europea hacia sus respectivas periferias (Elisabeth Johansson-Nogués y Erika Ruiz Sandoval) y, por último, los efectos de la crisis en el proceso de integración europea (Laia Mestres).

Esther Barbé cierra la obra con un epílogo en el que ofrece una evaluación general sobre el estado de las relaciones trasatlánticas teniendo, como telón de fondo, la visita que el presidente George W. Bush realizó a la Unión Europea, no a la OTAN, como pone de relieve la autora, en febrero de 2005.

La conclusión a la que llega el estudio es sancionar la existencia de una crisis, de una *brecha* en la relación euro-atlántica que, sin embargo, ofrece tantos matices que no permite hacer una lectura simplista ni reduccionista. El análisis conjunto de los estudios que integran la primera parte ponen de relieve la existencia de una confrontación entre los Estados Unidos, deseosos de ampliar y consolidar su hegemonía frente a una Unión Europea que trata de encontrar los medios y el espacio adecuado para ejercer influencia en la escena internacional. Y esta tensión se refleja en cada uno de los aspectos tratados, aunque con grados de intensidad muy diversos. Por ejemplo, la diferente actitud que se aprecia en el comportamiento de estadounidenses y europeos ante el Medio Oriente oscila desde una divergencia casi completa, en el caso de Iraq, a una colaboración factible en asuntos como el Líbano o el conflicto palestino-israelí. Algo parecido podría decirse con respecto a las relaciones estratégicas y económicas. Mientras que la estrategia de seguridad estadounidense, y en particular la guerra antiterrorista basada en los ataques preventivos, representa una divergencia casi insalvable entre las dos orillas del Atlántico, las relaciones económicas bilaterales suponen, por el contrario, una comunidad de inversores y empresarios.

Con respecto a la gestión de los problemas globales, el estudio destaca el solapamiento de razones estructurales (nuevos espacios de influencia internacional para la Unión) y de sistema de valores para explicar las causas de la creciente divergencia entre europeos y estadounidenses en cuestiones como el Tribunal Penal Internacional o el Protocolo de Kyoto. La mayoría de estos asuntos tiene como principal punto de fricción la actitud de unos Estados Unidos con ambición unilateralista frente a una UE autoconvencida de ser la quintaesencia de la gobernanza mundial, divergencias que se aprecian tanto entre los gobiernos como entre las propias sociedades.

La segunda parte del libro también ofrece un escenario poliédrico en el que cada caso estudiado presenta sus propias peculiaridades. De tal modo que identifica tres escenarios geográficos en los que se ofrecen oportunidades a los actores locales para aprovechar la

existencia de la brecha (América Latina, Rusia y China) frente a otros dos escenarios donde esta situación no ofrece limitaciones ni oportunidades (Grandes Lagos y regiones periféricas de EE.UU. y la UE).

Ni América Latina, ni Rusia, ni China han intentado aprovechar la situación para promover una suerte de eje anti-hegemónico decidido a hacer de contrapeso de los EE.UU. Pero, no es menos cierto, que estos actores han reforzado su discurso multilateral con el objetivo de ampliar sus oportunidades de influir en los asuntos mundiales. No obstante, estos movimientos, que se han saldado con un reforzamiento de los lazos que la Unión mantenía con estas regiones, no implican una crisis en las respectivas relaciones de estos actores con los Estados Unidos dentro de los habituales cauces de cooperación y competencia.

En los casos de los Grandes Lagos o de las políticas de vecindad estadounidenses y europeas entienden los autores que las respectivas políticas de ambos actores constituyen líneas paralelas que no se cortan. De manera que la crisis trasatlántica no se traslada a estos ámbitos que se desenvuelven dentro de una dinámica propia.

No puede decirse lo mismo de la situación vivida en el interior de la Unión Europea donde el enfrentamiento euro-atlántico amenazó con una crisis interna cuyo alcance real y trascendencia matiza, sin embargo, la autora. Adoptando una perspectiva a más largo plazo pone de relieve los logros alcanzados por la Unión en el último lustro para concluir que, durante la crisis de Irak, Europa creció como actor internacional pleno tanto en la práctica (misiones en África y los Balcanes), como doctrinalmente (Estrategia Europea de Seguridad) e institucionalmente (Tratado Constitucional). Resultados materiales que ponen en entredicho la agorera interpretación de una Europa dividida.

Dos ideas generales se desprenden, en definitiva, de este recomendable libro. En primer lugar que, más que crisis, puede hablarse de un nuevo episodio, con sus propias especificidades, de la enfermedad crónica que afecta a las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Europea. Y, en segundo lugar, que por encima de las turbulencias existe una necesidad recíproca entre ambos actores que fundamenta la existencia de esta comunidad trasatlántica.

Rafael GARCÍA PÉREZ

Profesor Titular de Relaciones Internacionales de la Universidad de Santiago de Compostela.